

HISTORIA

Todo comenzó en Europa, más precisamente en Sicilia, donde vivía mi abuelo; un sastre que amaba su profesión tal cual yo amo la mía... ambas con un interés especial por las tijeras...

Años más tarde, en Quilmes, yo era un pibe que vivía en una casa de chapas que tenía el baño afuera... Tuve una infancia feliz, con padres sólidos que me amaron, y que tenían confianza en sus hijos; recuerdo cuando los cuatro hermanos tuvimos trabajo y juntamos plata para comprarles un chalet. Siempre fuimos una familia muy unida.

Trabajo desde los 16 años, comencé barriendo y haciendo mandados. Allí me di cuenta de la importancia de “mirar todo para aprender”. Luego me ofrecieron trabajo en Capital Federal, y fue así que un día sorprendí a toda la muchachada llegando en un auto de segunda o tercera mano.

Al correr el año 1964, ya trabajaba en mi oficina. Conocí a muchos amigos como Mirtha Legrand, ella me lanzó a la notoriedad después de alabar un peinado que le hice a Teté y que ésta le hablara de mí, por aquella época aún no la conocía. Era un joven que todavía se lavaba la camisa y barría el piso de su peluquería.

El primer salón está frente de lo que hoy es mi cuartel, en la calle Güemes de la ciudad de Buenos Aires. Se llamaba Jean Diciere, el nombre de un río Francés que elegí porque sonaba elegante. El local lo armamos a pulso. El padre de mi socio puso los materiales para instalar los lavatorios y la estructura técnica y el 50% restante lo puse vendiendo mi “escarabajo” sumado a los pocos ahorros de mi familia.

Y empecé a crecer... Me independicé y mi objetivo por el cual sacrifiqué todo era viajar a París. En 1971 partí hacia las raíces de mi profesión con el objetivo de aprender. Quería traer lo mejor de Pret –A- Porter y mostrar aquí todos los diseños de Europa. Recorrí la ciudad a pie, las casas de costura... fui a todos los desfiles y me regocijaba con todas las cartas que me mandaba la mujer que más tarde se convertiría en mi esposa y madre de mis tres hijos. Compré sólo instrumentos para mi actividad, hice amistad con diseñadores famosos y fue con ellos que hice mi desfile en el '83, por aquel entonces saque cuentas: cuánto tenía, qué podía obtener, de quiénes y qué cantidad... Temía arriesgar demasiado pero confiaba en que estaba listo para la aventura. He organizado muchos desfiles desde ese entonces, hacerlos es riesgoso. Son inversiones muy grandes... pero necesito hacerlos. Siento que se lo debo a mi madre, de hecho, cuando logré una nueva posición económica le adquirí un piso en el mismo edificio donde tengo mi negocio porque le gustaba valerse por si misma y quería vivir sola. El primer gran regalo que le hice fue un viaje a Europa que aceptó para recordar a mi padre en las cercanías de su país de origen: Italia. Por aquel entonces mi madre tenía diabetes, nunca me imaginé que el final de su vida estaría tan cerca... estaba organizando un desfile en Punta del Este y mientras las modelos desfilaban, mi madre agonizaba... Por instrucciones suyas nadie me había dicho nada... Desde entonces cada desfile es en su memoria.

Con respecto a mi negocio, hoy trabajan conmigo unas 500 personas en mis 20 locales. Saben que me pueden consultar a cualquier hora del día. Aquí somos “todos”, ellos tienen un porcentaje del capital y de las ganancias. En lo profesional sólo pongo líneas de estilo, marco

límites, pero cada uno busca identidad dentro de esos carriles. Creo que es el secreto de mi éxito.

En la actualidad sigo haciendo mi turno en mi salón. Me gusta ser peluquero porque me permite ser creativo, ayudar a personas a expresarse, que luzcan en su exterior tal como son en su interior. Considero que un buen estilista, como dicen algunos, es la síntesis entre un hermano, un confidente, un cómplice y un padre consejero.

Mi padre decía “Hay que trabajar de sol a sol”, y yo trabajo de sol a sol. En definitiva: he ganado dinero, no me arrepiento de nada, estoy casado con la mujer que amo, tengo hijos hermosos y mi profesión me gusta más que cuando me inicié en ella.